

## **Presentación: Quevedo en la Nueva España**

Arnulfo Herrera  
Universidad Nacional Autónoma de México

El influjo que ejerció Francisco de Quevedo en los escritores de la Nueva España no fue tan evidente y empalagoso como el de Luis de Góngora. Parafraseando a Federico Engels, se puede decir con justicia que en los siglos XVII y XVIII el fantasma que recorría América era el del gongorismo. No siempre para bien, el poeta andaluz se convirtió en la sombra que nadie pudo evitar, ni en el verso ni en la prosa. A pesar de haberse convertido en una moda insoslayable, o quizás por haber sido eso —una moda—, Góngora llegaría al aborrecimiento, al descrédito y al olvido. Mientras que, por el contrario, Quevedo sería a largo plazo el poeta aurisecular con el influjo más dilatado que registra la historia de la literatura en lengua española.

Está pendiente lo que sería un amplio trabajo de investigación para documentar la forma en que el poeta madrileño fue apareciendo en las colonias americanas desde comienzos del siglo XVII y luego, con más y más fuerza, su figura fue creciendo a medida que el tiempo avanzaba y que las circunstancias históricas iban requiriendo de uno de sus estilos más celebrados: el satírico-burlesco. Es curioso que se haya preferido su modo juguetón por encima del modo contundente que caracterizó a la sátira de Villamediana. Tal vez por las oscuras historias que rodean la vida del Conde. A Quevedo se le utilizó primero para satirizar los tipos sociales, mofarse de los viciosos y criticar a los pecadores, pero después su estilo sirvió para reforzar las actividades políticas. Los aires de independencia y las guerras mismas de independencia en América se nutrieron, en la parte que corresponde a la propaganda, con el estilo de Quevedo.

Existe la sospecha bien fundada de que no siempre es Quevedo el que se encuentra detrás de los textos satíricos o burlescos de los poetas americanos. Una línea que, para no remontarse hasta los clásicos greco-latinos, ni buscar en los autores italianos o en los poetas medievales españoles, podría iniciarse en Hurtado de Mendoza y continuarse con algo de Gutierre de Cetina, seguido de Baltasar del Alcázar, marcaría

una buena cantidad de tópicos que Quevedo sólo retomó y reelaboró convencionalmente. Como ocurre en estos tiempos con la literatura emblemática, cuando los críticos encuentran emblemas en todas partes y se confunden con los *aura dicta* y la filosofía vulgar, los escritores exageran mucho cuando suponen que Quevedo es el modelo de cualquier sátira antigua. Mientras el texto no presente marcas evidentes, será necesaria una lectura muy fina para precisar la intertextualidad. Es una verdad de Pero Grullo, pero nos sirve para no caer en la simpleza de mirar en todo texto satírico o burlesco el fantasma de Quevedo.

Debemos empezar nuestros estudios por los ejemplos notables, aquellos que no dejan lugar a dudas. Por ejemplo el soneto del dominico poblano Juan de la Villa y Sánchez, que insertó en *El Muerdequedito*, un opúsculo encaminado a satirizar la sucesión del provincial Ruy Díaz, en mayo de 1712, y que figura en la historia de los agravios que los españoles peninsulares cometieron contra los criollos:

Érase un hombrecillo que asomaba  
de allá de lo profundo de una Jiba,  
y érase una Corcova tan altiva  
que cuasi con las nubes se rozaba.

Era un nuevo Babel que se labraba,  
la Cuesta de Maltrata era hacia arriba;  
érase una Corcova infinitiva,  
Corcova perdurable, que no acaba.

Érase el Escorial de las corcovas,  
era el Cáucaso monte inaccesible,  
el Olimpo y el Osa y Pelión; era  
las Siete Maravillas de jorobas:  
Corcova tan atroz y tan terrible,  
que a la espalda de Atlante la rindiera.

*El Muerdequedito* tiene otros rastros de Quevedo que no están vinculados a la sátira. El Madrileño también influyó a los americanos con su vena neoestoica, y las reflexiones jocosas del dominico Villa y Sánchez están teñidas de este pensamiento que habla seriamente aun cuando sea en tono lúdico. Tal vez la mayor muestra americana del neoestoicismo novohispano se encuentre en *El panegírico de la paciencia* (1645) de Luis de Sandoval Zapata.

Pero volviendo a la sátira y a los textos donde Quevedo está indudablemente presente, recordemos que existe la versión novohispana de las *Gracias y desgracias del ojo del culo*, un texto escatológico que tenía un fuerte contenido social porque muy probablemente forma parte de la guerra entre españoles peninsulares y criollos.

Pero basten esos ejemplos para ilustrar la intención básica que guió la idea de este volumen: sólo textos donde la huella de Quevedo es indudable. Ésa es la característica de los trabajos que integran el presente volumen de *La Perinola*. En cuanto a la geografía, un poco más allá de la Nueva España, donde los estudios sobre la materia se encuentran

adelantados, está el trabajo del profesor Pedro Lasarte sobre la ya conocida presencia de Quevedo en Juan del Valle y Caviedes. Su inclusión es un instigamiento para que los lectores hagamos pronto el volumen que desde los estudios de Emilio Carilla está haciendo falta en nuestro medio: Quevedo en América. Ojalá que pronto logremos ver en esta revista el riquísimo panorama de un poeta que influyó y sigue influyendo con su poderosa verbalidad a todos los hablantes de la lengua española.

GRACIAS,  
 Y DESGRACIAS  
 DEL NOBILISSIMO SEÑOR  
 OJO DEL CVLO,  
 DIRIGIDAS  
 A DON CHVPAS  
 DE LA NECESSARIA,  
 MONTON DE PASSAS  
 POR ARROBAS,  
 ESCRITAS  
 POR EL BACHILLER  
 DON JVAN LAMAS  
 EL DEL CAMISON CAGADO.

Con licencia del Doctor Cagarría, Impresso en  
 Cagatecas, el año passado.

BIBLIOTECA ORIGINAL  
 MEXICO

